

GIRAU REVERTER, J. (DIR.), TORRIJOS CASTRILLEJO, D. y NEUMAN LORENZINI, R. (Eds.) (2024): *La universidad en España y en el pensamiento español*. Madrid, Ediciones Universidad San Dámaso y Editorial Sindéresis.

DOI: 10.20318/cian.2025.10039

La historia de las universidades en España encuentra, en la obra aquí reseñada, un nuevo equipo de trabajo en el que se funden, bajo el patrocinio de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad San Dámaso de Madrid, algunos investigadores ya conocidos en estas lides con otros recién llegados; el prefacio, una pequeña historia de la institución San Dámaso desde su nacimiento en 1996, está escrito por su impulsor, el cardenal Antonio María Rouco Varela. Aunque propósito del volumen es utilitario, *pensar una universidad para el siglo XXI*, la mayoría de los estudios que recoge son de carácter historiográfico.

La primera parte de la obra sintetiza dos épocas de la universidad española. En primer lugar, Rafael Ramis Barceló (pp. 35-58) aborda el desarrollo de las universidades en sintonía con la política de la Monarquía Hispánica y las necesidades de la Iglesia a raíz del Concilio de Trento (siglos XV-XVII). Sólidos trabajos anteriores le sirven para trazar ante todo una panorámica clara y suficientemente concreta en torno a esta

plétora de centros de distinta composición. De entrada, repara en la compleja cuestión de sus orígenes. Siguiendo a Mariano Peset, recuerda su origen claustral, colegial, municipal o conventual. Además, esboza también una división entre universidades mayores (llamadas así probablemente por la presencia en ellas de los famosos colegios) y menores (ya fueran estudios generales, con las cuatro facultades de entonces) o ínfimas (con sólo alguna facultad, aunque en ciertos casos también colacionaran los grados de otras). El autor refiere el valor, de cara a la promoción profesional e intelectual, de los estudios en los centros mayores, en general más exigentes. Por otro lado, Ramis se detiene en el desarrollo de sus enseñanzas: especifica, por ejemplo, el elevado peso del tomismo en las cátedras de Teología españolas (de gran prestigio a lo largo del siglo XVI), la creciente profesionalización del ejercicio de la Medicina a través de la supervisión ejercida por el tribunal del Protomedicato y el valor de los estudios de Derecho como preparación para el servicio a la Monarquía.

En segundo lugar, Manuel Martínez Neira sintetiza la historia de la universidad española entre los siglos XIX y XX con la cuestión de la autonomía como clave interpretativa (pp. 59-96). En este caso son también trabajos anteriores los que fundamentan este recorrido. De entrada, además de seguir las pistas

proporcionadas por la legislación, traza un fresco en el que sirven de trasfondo la realidad local y corporativa que constituye la institución en el denominado antiguo régimen, el proyecto nacional del liberalismo (y a su manera del régimen de Franco, al menos en primera instancia) y, ya en fecha más reciente, la égida de la competición global entre las distintas sedes del saber. Casi a modo de contramodelo del paradigma impuesto, el autor recoge polémicas como las suscitadas en torno a la “libertad de cátedra” o el nacimiento de centros *libres* como alternativa crítica a la situación imperante y refugio frente al estatismo (aunque existiera también, durante el Sexenio, un modelo basado en *universidades libres*). Destaca, por otro lado, el auge finisecular del autonomismo, fruto del deseo de perfeccionar la universidad y promover sus rasgos corporativos. En el fondo, respondía a un nuevo ideal de sociedad que no acabó de imponerse.

Martínez Neira no desprecia el hecho de que los cambios de régimen puedan suscitar distintos tipos de universidad (así, menciona cuatro modelos: ilustrado, liberal, franquista, democrático), aunque muchos de los rasgos que encuentra en el desarrollo contemporáneo de la institución, como el intervencionismo estatal, el ideal autonomista, el valor conferido a la investigación o la apuesta por residencias y colegios

mayores, banderas comunes de unos y de otros durante largos periodos, obligan a manejar con muchos matices este planteamiento.

Una segunda parte de la obra recoge distintas aportaciones de filósofos españoles a la reflexión sobre la universidad: Miguel de Unamuno (Alicia Villar Ezcurra), Manuel García Morente (Rogelio Rovira), María Zambrano y Fernando Rielo (Juana Sánchez-Gey), Pedro Laín Entralgo (Ángel Salmerón), Julián Marías (Enrique González Fernández) y Antonio Millán-Puelles (José Juan Escandell).

Los autores han optado, en esta segunda parte, por aproximaciones bastante diversas, desde el artículo científico monográfico sobre las ideas de determinado autor hasta el ensayo en torno a cuestiones como la función de la institución, sus retos (de ayer a hoy) o el propio oficio del universitario. Sus protagonistas son figuras que, más allá de una común vocación profesoral, declinaron su trayectoria de distintas maneras. Tres de ellos unieron la reflexión sobre la universidad con el gobierno de la institución: Miguel de Unamuno, rector de Salamanca (1900-1914, 1931-1936), Manuel García Morente, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central (1932-1936) y Pedro Laín Entralgo, rector de la Universidad de Madrid (1951-1956). María Zambrano y Julián Marías, jóvenes promesas, acabaron moviéndose en los márgenes:

la primera vivió en el exilio desde 1939, mientras que el discípulo de Ortega y Gasset fue, al terminar la contienda civil, objeto de no pocos ataques y persecuciones. Forma parte ya de una tercera generación, Fernando Rielo, un caso singular, pues fundó un instituto católico al que dedicó su vida. En cambio, Antonio Millán-Puelles fue catedrático de la Universidad de Madrid entre 1951 y 1987.

En algunos de los profesores reseñados es evidente la pertenencia o el influjo de la denominada Escuela de Madrid. Esto explica, por ejemplo, el interés de las reflexiones en torno al *modelo* que encontramos tanto en García Morente como en el diálogo que Sánchez-Gey establece entre María Zambrano y Fernando Rielo (pp. 137-140, 147-152). El tema conecta con una de las inquietudes del reformismo universitario de la primera mitad del siglo XX: la formación de hombres ejemplares, aristócratas de la virtud y élites gobernantes a través de la institución. También Marías, entusiasmado con los campus estadounidenses, realizó elogios encendidos a la universidad educadora (pp. 185-187). En general, son sobresalientes las páginas de esta obra dedicadas al decano madrileño, García Morente, por Rogelio Rovira: se trata de un magnífico trabajo que glosa la trayectoria universitaria del filósofo, sus textos referidos a la universidad –en los

que el autor encuentra aportaciones originales– y su planteamiento ético del oficio de maestro y de discípulo.

Otro leitmotiv común a los distintos filósofos españoles es esa faceta de la universidad que entraña *convivencia*, inquietud que abarca desde las reflexiones de Unamuno –con el mencionado acento corporativista y nacionalizador– hasta las últimas generaciones intelectuales reseñadas, preocupadas por el tema de la verdad y la libertad, el pluralismo y la censura. Marías predicó el “contagio del pensamiento”, sin duda recordando sus propios inicios intelectuales (pp. 199-200, 203); y Zambrano, rememorando precisamente a aquel Ortega al que tanto había frecuentado el joven madrileño, ensalzará la figura del *maestro* y, según explica Sánchez-Gey, el valor de la *escucha*, la *atención* y el *diálogo* en el seno de esta comunidad (pp. 148-151). Por su parte, Millán-Puelles aboga por la *amistad* como fórmula de relación con el discrepante o el confundido, cuestión esencial a la luz de su idea de que “el relativismo hay que desecharlo, pero también hay que desechar el fanatismo, y distinguir entre lo que es la verdad y lo que es la opinión, incluso la opinión autorizada” (p. 218).

Los autores de la obra confieren particular relieve a los rasgos que, según los filósofos estudiados, deben reunir profesores y estudiantes. Son en su mayor parte virtudes propias de la vida intelectual, aunque,

por ejemplo, Villar Ezcurra describe, con agudeza, la significativa exhortación de Unamuno a los estudiantes a ir con “el corazón en la mano” (p. 112). Por su parte, García Morente defendió maestros de saber “sólido y abundante”, “cualidades morales de carácter, de bondad y de firmeza no exenta de tolerancia” y con la capacidad de negarse a sí mismos para ayudar a sus discípulos en sus progresos. Los estudiantes debían tener espíritu de trabajo, magnanimidad y responsabilidad, además de rehuir el partidismo y la violencia (pp. 138-140). Como no podía ser menos entre universitarios entusiastas, la *fabricación de títulos, la barbarie del especialismo, el enciclopedismo y la repetición mecánica de las lecciones* son criticados con frecuencia a lo largo de estas páginas y en oposición al *culto a la verdad*; algo más singulares son las alusiones unamunianas a las

limitaciones de la ciencia (pp. 108-109) o el planteamiento trascendente, la apertura religiosa, del resto de los pensadores que se glosan (p. 136, 149, 152-158, 168-169, 216-220).

La publicación adolece, en algunos casos, de escaso diálogo entre las propuestas de los sabios estudiados, el contexto universitario de su época y la bibliografía académica. Presentan importantes lagunas de método histórico los textos referidos a Marías –de quien se siguen acriticamente sus escritos y manifestaciones de autobombo, salpicadas aquí y allá: véase, por ejemplo: “Si alguien ha tenido una vocación docente he sido yo” (p. 200)–, y a Laín, cuya etapa entre 1939 y 1956, incluido su rectorado en Madrid, pasa desapercibida.

Carlos Veci Lavín - cveci@unav.es
ORCID: 0000-0002-1436-1128
Universidad de Navarra